

---

## Aprender de quien enseña con el corazón

Verónica González Méndez

Estudiante de la Licenciatura en Educación Primaria de la Escuela Normal “Profesora Leonarda Gómez Blanco”, Teacalco, Tlaxcala.  
[gonzalezmendez.vgm@gmail.com](mailto:gonzalezmendez.vgm@gmail.com)

Hay personas que no necesitan hablar mucho para enseñar; basta con observarlas para entender que su vocación nace del corazón. Así fue como conocí a la maestra Claudia durante mis prácticas docentes en la escuela primaria de la comunidad La Concordia, en Nativitas, Tlaxcala. Desde el inicio me encontré con una mujer firme, exigente, pero profundamente humana.

En nuestro primer encuentro fue muy clara: no quería practicar. Las malas experiencias con anteriores normalistas le habían dejado cierta desconfianza. Aunque su sinceridad me tomó por sorpresa, no puedo negar que al principio sentí temor e inseguridad. Dudé si lograría tener una buena experiencia durante mis prácticas con ella, en ese grupo y en esa escuela. Sin embargo, los días pasaron y algo en su forma de enseñar comenzó a llamar mi atención.

La maestra Claudia no era una docente común. Tenía una energía especial en el aula, una forma dinámica de trabajar que lograba mantener a los niños atentos, participativos, pero, sobre todo, felices. Fue entonces cuando empecé a observarla con otros ojos, con ojos de aprendiz; poco a poco entendí que detrás de su exigencia había una gran maestra.

Le gustaba que todo en el aula tuviera un sentido: que hubiera orden, que los niños dieran lo mejor de sí, que cada actividad tuviera un propósito. No obstante, lo que más admiré de ella, sin duda, fue el profundo sentido de los valores que buscaba inculcar en sus alumnos, incluso siendo tan pequeños, pues cursaban apenas cuarto grado. Su aula no solo era un espacio para el aprendizaje académico, sino también para la formación humana. La honestidad y la solidaridad eran los pilares de su enseñanza. *“Un niño puede olvidar un contenido, pero*

---

*nunca olvidará una enseñanza sobre cómo ser una mejor persona”, solía decir.*

Uno de los consejos que guardo con aprecio en mi mente y mi alma es el de identificar a los líderes del grupo y enfocar en ellos los valores y actitudes que se quieren promover. *“Un grupo con buenos líderes funciona mejor”*, me dijo un día. Desde ese momento, esa frase me ha acompañado en todas las actividades que he realizado con mis alumnos durante mis prácticas. Gracias a ella, comprendí que liderar también implica sembrar en otros, para que florezca un ambiente de respeto y colaboración.

Además de inculcar valores, Claudia me enseñó que la docencia necesita emoción. *“No basta con enseñar, hay que emocionar”*, repetía con convicción. Me motivó a preparar actividades para que los niños no solo aprendieran, sino que también se divirtieran. Juegos, retos, actividades en equipo... todo formaba parte de su método; cada elemento tenía un propósito claro. Fue así como descubrí que enseñar también es crear experiencias, conectar desde lo lúdico y hacer del aula un lugar al que los niños quieran volver cada día.

Me conmovía cómo podía sostener una clase con orden y, al mismo tiempo, mostrar tanto cariño. No necesitaba levantar la voz para hacerse respetar. Bastaba con su mirada segura, con su tono claro, con su manera de estar presente. Aun así, siempre tuvo espacio para el abrazo, para escuchar, para preocuparse por sus alumnos más allá de lo académico. Verla trabajar era como presenciar una coreografía, donde disciplina, afecto y propósito se entrelazaban con armonía.

Lo que más valoro de ella es que la maestra Claudia no veía su trabajo como una obligación. Se notaba que cada cosa que hacía nacía desde el amor. Cada alumno era para ella una semilla que merecía cuidado, atención y guía. Su vocación, sin duda, iba mucho más allá de lo profesional; era genuina, entregada, profundamente humana.

Por todo esto, puedo decir que la maestra Claudia no solo dejó huella en su grupo: también la dejó en mí. Me ayudó a reconciliarme con la práctica, a reafirmar mi vocación, a querer ser una maestra que no solo enseñe, sino que transforme. Porque al final, la grandeza de

una docente no se mide por lo que enseña, sino por lo que deja sembrado en el corazón de quienes la rodean.

Gracias, maestra Claudia...

Por enseñarme con el ejemplo.

Por hacerme sentir que ser maestra es mucho más que pararse frente a un grupo.

Por mostrarme que educar también es abrazar, escuchar, formar y amar.

Gracias por tu tiempo, tus palabras, tus silencios llenos de significado.

Gracias por mirar más allá del error y creer en lo que puede florecer.

Gracias, porque tu forma de enseñar me dio una nueva forma de mirar la docencia.

Gracias, muchas gracias.